

ct

Lo que vuelve a casa (y otros árboles)

de
Nieves Rodríguez Rodríguez

(fragmento)

Personajes

ALIKA, diez años

VEGA, diez años

Los lugares

La acción transcurre en un aula, un bosque, un mapamundi, el interior de un árbol...

Cualquier rincón entre el Paralelo 40 Norte (Madrid, España) y el Paralelo 10 Norte (el Bosque de Sambisa, Nigeria)

El tiempo

El tiempo oscila entre el lunes 14 de abril de 2014 y el día siguiente con sabor a lunes...

En el espacio un ciclorama que proyecta imágenes

Y, sobre todo, tuvo miedo del tiempo. El tiempo que agostaba las cosas, que traía la muerte, el polvo seco del olvido, las cicatrices, las luces apagadas, las habitaciones vacías... No. No. Su corazón le decía que tenían que salvarse del tiempo, rescatarse del tiempo, a la vida, al polvo. No podían estar esperando. Su impaciencia abría heridas. No podían estar siempre esperando a "mañana".

La piel del zorro

HERTA MÜLLER

1

LAS COSECHAS DE MAÍZ

Al final de la calle está la escuela. Al comienzo de la misma hay una cabina de teléfono herrumbrosa. Hay balcones, también, que son de chapa ondulada y no sostienen nada excepto geranios secos y ropa blanca que aletea en un cordel. Alika ya ha cruzado la calle y ocupa su pupitre en el interior de la escuela. Mueve sus codos al escribir y cuando se quiere dar cuenta en su cuaderno crece un campo de maíz que vemos proyectado. Luego las letras caen de espaldas en una palabra, en la siguiente, de bruces...

ALIKA

Tengo diez años y mi nombre es Alika.

Alika quiere decir la más hermosa de mi padre.

Soy de Chibok, una pequeña aldea de Nigeria.

En mi aldea no hay secretos ni para las piedras.

Es lunes y toca redacción...

Las cosechas del maíz, dice la profesora.

¿Por qué hacemos redacciones sobre lo que ya no existe?

Antes los campos se podían trabajar, pero ahora...

Eso dice mi padre mientras masca una brizna de hierba.

Como si el sabor verde le llevara lejos de donde habla.

A mí lo verde no me provoca nada de nada, la verdad.

Al principio del verano las hojas del maíz llegan por las rodillas, sus hojas parecen dedos. Luego crecen y desapareces dentro.

Es increíble lo que pueden llegar a crecer.

Pero ahora ya no pasa nada de eso.

Y mi padre no tiene trabajo.

Levanto la mano, levanto la mano porque no sé qué interés tiene hablar de lo que ya no existe.

Ahí voy.

Profesora, las cosechas del maíz ya no se trabajan, los hombres del camión han destrozado los campos.

Silencio. Silencio grande. De esos en los que entra cualquier cosa.

¿Cuántas de vosotras ha traído torta de maíz para tomar durante el recreo?

Yo misma tengo una torta de maíz metida en la cartera.

Las manos se levantan, una a una.

La profesora da por zanjada la pregunta.

Vuelvo a levantar la mano.

Entonces, ¿por qué mi padre está triste?

Silencio. Más grande que el anterior, todavía.

La profesora me mira profundamente, luego, como si nada, sigue su maldita redacción. ¿Por qué los mayores se callan cuando más respuestas necesito?

Es que parece que lo hacen aposta.

2

LAS LÍNEAS IMAGINARIAS

La luz de la mañana se columpia por la pared del fondo. Allí cuelga un mapamundi roído y viejo. Vega mira absorta cómo el mundo cambia de color. Mientras, en sus manos inquietas, un tirachinas danza. En su cuaderno, quizá también en su despistada cabeza, crecen pájaros de vuelos imposibles que vemos proyectados.

VEGA

¡No lo hago aposta!

¿Tan difícil es entender que me relaja tener un tirachinas entre las manos? ¿Tan difícil?

Mi nombre es Vega, tengo diez años.

Soy inventora de objetos.

Como este tirachinas tan grande.

Vega quiere decir extensión de tierra fértil.

Aunque yo soy de Madrid.

Es lunes y toca redacción.

Odio los lunes.

Las líneas imaginarias, dice la profesora, mirándome fijamente.

Tengo el tirachinas más bonito del mundo, le pese a quien le pese.

Esta hecho con corteza de árbol.

Parece un árbol de hecho.

No lo uso para tirar nada a nadie.

Es solo que el ruido de la cuerda me encanta.

Es mi guitarra de una cuerda.

A veces me imagino dentro y soy yo la que sale volando.

Me relaja pensar que vuelo.

Porque yo quiero aprender a volar.

¿Eso también es difícil de entender?

Las líneas imaginarias, la redacción de hoy.

¿Líneas imaginarias?

Para localizar cualquier punto que se encuentre sobre la superficie terrestre se utilizan las coordenadas geográficas que son una red de líneas imaginarias que no existen en la realidad, pero las trazamos nosotros sobre los mapas. Hay dos tipos de coordenadas: meridianos y paralelos, suelta del tirón.

Pues si solo se han imaginado dos tipos de líneas, vaya rollo.

A mí se me ocurren un montón.

¿Y si son líneas imaginarias por qué no puede haber tantas coordenadas como imaginemos?

La mirada de antes se ha profundizado un poco más.

No me va a responder, conozco esa mirada, seguirá hablando.

Como si lo viera.

Sigue hablando, pero ya no escribo.

Dibujo un pájaro.

Los pájaros cuando vuelan hacen muchas más líneas.

Y en verano, los murciélagos, ya ni te cuento.
¿Por qué lo mayores lo reducen todo tanto?
Que llegue el recreo, por favor.

3

EL SECUESTRO

Una sombra cruza el aula con la velocidad de un pájaro. Los ojos de la profesora, de repente, parecen girasoles vacíos. Alika siente que su cabeza se queda a oscuras por un momento. Pero todo esto se desvanece cuando la primera piedra cruza el cristal de la ventana.

ALIKA

¡Por favor, niñas! ¡Por favor! ¡Calma!

La luz se ha ido.

Una piedra ha entrado volando por la ventana de la clase.

En el justo momento en que aprendemos que hay que cortar la parte superior de las plantas para permitir una mayor exposición de las mazorcas al sol.

Luego se dobla la hoja de arriba.

Así ni el agua ni los pájaros destrozan el maíz.

Pero una piedra ha entrado volando por la ventana de la clase.

La profesora nos pide calma, pero está llorando.

Estamos debajo de nuestras mesas dobladas de raíz, también nosotras.

No nos vemos, nos buscamos con las manos.

Un camión levanta arena y frena en seco.

Luego voces de hombres entran gritando.

Gritan *¡Boko Haram!*

Son los hombres del camión.

¡Calma, niñas! ¡Calma!

Gritan y andan como animales en estampida.

Hacen ruido.

Todo resuena en el estómago.

Me aferro a mi cartera y a mi torta de maíz.

Todo resuena en el interior de la cabeza como si fuera polvo.

Veo a mi padre mirando el campo con su brizna de hierba.

Yo también estoy triste.

Ya están aquí.

Están aquí.

Llevan armas de fuego.

4

EL INCENDIO

Una luz lejana entra rota por la ventana del aula. La mirada perdida de la profesora se incendia. Vega siente que una hoguera se instala en su cabeza. Pero todo esto se desvanece cuando la alarma de incendios junto a una gran nube de humo negro cruza el mapamundi sin transición.

VEGA

¡Fuego! ¡Con calma, uno a uno, salimos al patio! Dejamos nuestras cosas en el pupitre, dice la profesora.

Ha sonado la alarma de incendios.

El fuego da miedo.

Un nube negra se cruza por la ventana.

Algunos niños, al verla, tosen.

Recuerdo un verano en que la barbacoa comenzó a arder.

Mi madre se quemó una mano.

Le quedó una cicatriz muy fea.

Cuando miré a mi madre, del otro lado de la barbacoa, su silueta empezó a deformarse. No la podía ver.

Luego comencé a toser y los ojos me lloraban sin parar.

Dejé de ver a mi madre por completo.

Odio el fuego.

¡Dejamos nuestras cosas en el pupitre!

Ni muerta dejo el tirachinas encima.

No quiero que se deforme ni que le quede cicatriz.

Estoy temblando.

Me coloco en la espalda la cartera.

Cierro los ojos.

Respiro hondo.

Los niños mueven los codos y se empujan unos a otros.

Me balanceo.

Me da tiempo, pienso.

Abro los ojos.

No me lloran.

Miro al mapa que tengo enfrente y pienso: me da tiempo.

¡Vuela!

5

DENTRO DEL CAMIÓN

Si el motor se callara se oirían los latidos de Alika por debajo de su abrigo. En su vientre, aferrada, la cartera. Vemos proyectada una gran torta de maíz como si fuera un mapamundi. Un viaje comienza para Alika.

ALIKA

¡Vuela!

Eso me dice el hombre que me tiene cogida por el cuello.

Vuela.

Entraron con su grito en el interior del aula.

De cuclillas nos buscaron de debajo de las mesas.

Con la punta de sus armas en la espalda salimos al patio.

Allí un camión nos espera.

Nos apilamos dentro del camión.

Una a una.

La profesora se ha quedado dentro de la escuela.

A ella no se la llevan.

¿Dónde la dejan?

Miro por última vez el aula.

¡Vuela!

Dentro del camión hay un hombre vigilando.

Las niñas nos aferramos a nuestras carteras.

Nos miramos las unas a las otras.

No podemos hablar.

Nos obligan a ir en silencio.

El camión arranca, la calle es de polvo, un cubo de basura arde.

Veo un perro tumbado en el camino.

El camión va a toda velocidad, mi cuerpo se golpea una vez y otra vez y una más. Levanta polvo.

Tengo el polvo en el paladar.

El camión atraviesa los campos, los destroza y entramos en el bosque.

Cierro los ojos y no lo pienso dos veces.

Salto del camión y salgo rodando como un caracol hasta los pies de un árbol.

¡Vuela!, sigue resonando en mi cabeza.